

dres, allí quedaron viviendo. Concluído el nido nuevo, Aparicio se fué a la ciudad a buscar la paloma elegida. Se casaron en la estancia, en intimidad, en presencia de pocos parientes.—Todo lo que pudieron obtener de don Romualdo, fué que estrenara unas botas «paquetonas» y bombachas y saco negros. ¿Cuello? «ni a tiros». También consintió en entrar por primera vez a la nueva mansión.—Al principio todo iba bien, la nuera estaba encantada con sus suegros, a los que encontraba «un cautivante sabor local».—Después se marcharon a la ciudad, volvieron muchas veces, pero el «alambrado aumentaba de hilos».—Durante un veraneo en la estancia, la joven pareja, dió una fiesta a sus amigos de la ciudad. Días antes la nuera, había insinuado diplomáticamente: «Ustedes no concurrirán, eso no les gusta ¿verdad? Aquello estaba bien lejos de serles agradable, no pensaban asistir, pero sintieron el dardo. A la mañana siguiente bien temprano, don Romualdo ensilló el «tilbury» y a pretexto de unas compras, ambos viejos se marcharon para el pueblo.—Doña Cándida era la que más sufría, pues añoraba mucho «el plumón tierno» de los nietecitos, a los que veía muy de tarde en tarde, de modo que no echaba brotos el amor por la abuela, entristecida con esa visión.

Doña Cándida, fué la primera en hablar, después de desahogar su pecho, como henchido de aflicción, con un prolongado suspiro:

—Es una moza de lei, muy linda... y buena a su modo, pero es de raza demasiado fina para nuestro rodeo, yo la preferiría criolla. No tienen tanta vista, pero tienen más corazón...

—¡Qué se le va a hacer, vieja! Es la ley del refinamiento, los hijos salieron más finos que nosotros, luego se enyuntaron con más finos entuavía... ¡Así tenía que ser!...

—Sí, eso es cierto, pero los refinamos demasiado... Ya te lo decía yo, que entre cristianos había que ir más despacio. ¡No tenemos familia! concluyó en un sollozo.

Allí está mi culpa — respondió el estanciero, conmovido por el llanto de su mujer — pero el mal no está